

Hechos

DEL CALLEJÓN

Número 38



Una publicación de:
PNUD, Programa de las Naciones
Unidas para el Desarrollo
Año 4
Agosto de 2008
ISSN 1794-9408



Asdi



Con el auspicio de:

**Niños y jóvenes:
¿por qué ingresan
a grupos ilegales?**



PNUD - PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS
PARA EL DESARROLLO
Año 4, N° 38, agosto de 2008
ISSN 1794-9408

BRUNO MORO
Representante Residente, Programa de las
Naciones Unidas para el Desarrollo –PNUD

ALESSANDRO PRETI
Coordinador del Área de Paz,
Desarrollo y Reconciliación, PNUD

DIRECCIÓN Y EDICIÓN
Olga González Reyes

INVESTIGACIÓN Y REDACCIÓN
Astrid Elena Villegas
Julia Paola García Zamora

AGRADECIMIENTO ESPECIAL
Claudia Rubio
Juan Molina
Simone Bruno
Guillermo Herrera
El Tiempo
Museo Nacional
Teatro Varasanta
Corporación Reiniciar
Llano 7 días

RECONOCIMIENTO ESPECIAL
Dirección de Prevención de Crisis
y Recuperación del PNUD, Nueva York

DISEÑO GRÁFICO
Editorial El Malpensante S. A.

IMPRESIÓN
Panamericana Formas e Impresos S. A.

Revista Hechos del Callejón
Carrera 11 N° 82-76, Oficina 802,
Bogotá, Colombia
Teléfono: 6364750 extensión 205-201
Fax: 6364750 extensión 209

Comentarios y sugerencias
olga.gonzalez@undp.org, paola.garcia@undp.org,
astrid.elena.villegas@undp.org

Las opiniones y planteamientos expresados
no reflejan necesariamente las opiniones
del Programa de las Naciones Unidas para
el Desarrollo, su junta directiva,
ni los Estados miembros

Con la colaboración de



Por la libertad de todos

Hay que confesarlo. Golpea con fuerza el hecho de que Alan Jara aún no haya recuperado su libertad; el hecho de que Óscar Tulio Lizcano y Sigifredo López aún no estén disfrutando plenamente de sus derechos; el hecho de que 27 miembros del Ejército y de la Policía aún no estén disfrutando la vida con los suyos.

Los queremos en libertad a ellos y a los cientos de secuestrados de diferentes grupos armados que permanecen en cautiverio por extorsiones económicas. Según la Fundación País Libre, para mayo de este año la cifra de hombres y mujeres de quienes no se tiene noticia desde 1996 ascendía a 2.821.

Para referirse a alguno de ellos, los medios de comunicación han usado la expresión “las joyas de la corona”. Todo ser humano es una “joya de la corona”. Todos. Todos tienen exactamente los mismos derechos. Debemos considerarlo así para mantener firme la exigencia de que haya una liberación inmediata porque “el secuestro es un crimen abominable y es una flagrante violación del derecho internacional humanitario”. Lo acaba de decir el Secretario General de las Naciones Unidas, Ban Ki-moon, y en estos días lo venimos escuchando desde todas partes del mundo: en las marchas, en las declaraciones de ciudadanos del común, de jefes de Estado y de organismos internacionales. Este consenso universal debe ser acatado y respetado.

La libertad de Ingrid Betancourt y de los 14 compañeros con los que regresó ha servido para renovar con fuerza el compromiso de la humanidad frente a la defensa irrenunciable de derechos fundamentales como los derechos a la vida y a la libertad. Ésos son bienes que, como decimos en Colombia, ni se compran, ni se venden. Son los bienes supremos.

La operación desarrollada con éxito por el Estado colombiano y sus Fuerzas Armadas ha renovado la esperanza para el país. Efectivamente, el apego absoluto a los derechos humanos es la única vía posible para cimentar la paz. Ése es el legado sobre el cual se debe construir la paz duradera, y es bajo esos principios universales de los derechos humanos como puede generarse.

Después de esta operación hay que buscar oportunidades y nuevos caminos para encontrar soluciones constructivas hacia la paz. No puede haber solución si no se comienza liberando a los secuestrados que aún se encuentran privados de la libertad y cuya seguridad es responsabilidad de las Farc. Las Naciones Unidas piden este gesto; exigen establecer un puente con las autoridades colombianas con miras no sólo a liberar a todos los secuestrados, sino también a establecer el diálogo para poner fin a la violencia que ha sufrido Colombia por tantos años y construir así ese país que reclamamos los colombianos y el mundo.

Ya las Farc, en otras oportunidades, parecían haber tomado ese camino con liberaciones como las de Clara y Consuelo, el 10 de enero, y la de Luis Eladio Pérez, Gloria Polanco, Jorge Eduardo Géchem y Orlando Beltrán, el 27 de febrero.

Ahora, mucho más, acompañamos el deseo de los colombianos de construir una paz duradera sobre esa base y de encontrar una solución definitiva a la violencia a través del diálogo. También es hora de avanzar para remover esos factores históricos y estructurales que han sido base de los conflictos que padece el país. Es la oportunidad para responderle a ese universo de víctimas que piden verdad, justicia, reparación y garantías de que la historia de violencia no se vuelva a repetir.

Las Naciones Unidas siempre acompañarán los esfuerzos que vayan en esas direcciones. Precisamente, fueron creadas con la esperanza de que la humanidad no sólo pudiera poner fin a los conflictos, sino que también, finalmente, los hiciera innecesarios. Nuestros fundadores –los pueblos del mundo– esperaban contribuir a terminar con la violencia promoviendo la dignidad humana. Y ése sigue siendo nuestro compromiso. ▀

—Bruno Moro

Representante Residente, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD

“Estos rehenes, así como aquellos que aún permanecen secuestrados en Colombia, han soportado años de dificultades y privaciones. El secuestro es un crimen abominable y es una flagrante violación del derecho internacional humanitario”.

—Ban Ki-moon, Secretario General de Naciones Unidas

Guía de consulta y análisis permanente

Felicitaciones por la revista, que brinda información actualizada sobre todo lo referente al análisis social del conflicto armado y su repercusión en la sociedad civil; una sociedad vulnerable, desprotegida, ignorada y en algunos casos olvidada. Es un medio que sirve como guía de consulta y análisis permanente, dada la importancia de interpretar una realidad latente, pero muy confusa, donde la verdad se asoma en cada esquina, pero a la vez huye a ser descubierta. Los incentivo a persistir en esta gran labor de análisis, investigación y consulta permanente, y a continuar con muchas más ediciones.

—Venus Albeiro Silva

Representante a la Cámara por Bogotá

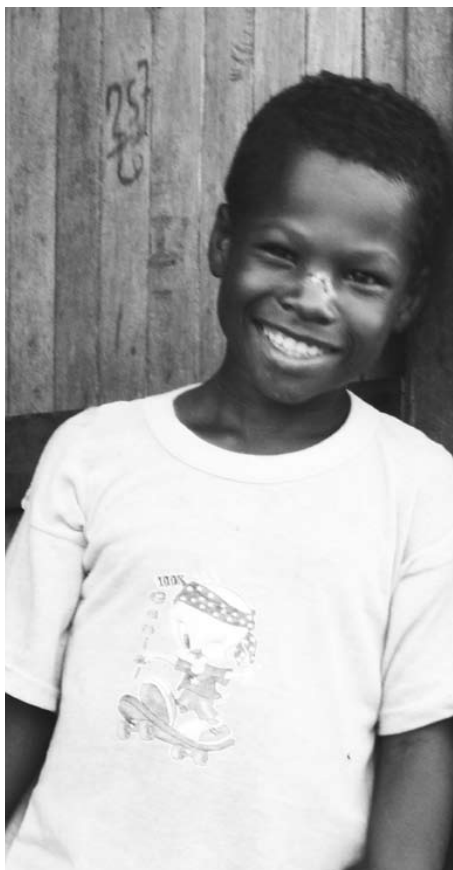
Imperativo moral

Como ciudadano común y silvestre creo en la necesidad de una solución política y negociada al conflicto armado que debe pasar, antes que nada, por la liberación de los rehenes en manos de las Farc, mediante la fórmula de un intercambio humanitario. Este último es un imperativo moral de la sociedad colombiana y debe ser objeto de movilización ciudadana, de la sociedad civil, para presionar tanto al gobierno como a la guerrilla. Debemos condenar todos los actos que atenten contra la vida y la libertad de cualquier ser humano, mucho más si estas personas son civiles que no intervienen en el conflicto armado.

—Manuel Guillermo Peña

¡Liberados!

Qué bueno que Ingrid, los tres norteamericanos y 11 soldados ya están de nuevo en la libertad. Después haber estado secuestrados durante 6 ó 10 años, la felicidad para sus familias y para la población colombiana es muy grande. Pero no podemos olvidar a los que todavía están en medio de la selva, los que todavía esperan que los liberen, que intercedan por ellos para que también pue-



dan compartir la alegría de la libertad con sus familias. El tema del secuestro no puede ser visto sólo como una responsabilidad del gobierno, de la guerrilla o de sus familiares. Cada uno de nosotros como colombiano también tenemos una responsabilidad con estos compatriotas, que esperan que no los olvidemos; y con sus familias, que esperan no dar una lucha solitaria.

—Tatiana Quiñónez

Herramienta de aprendizaje

Muchas gracias por el envío de esta publicación a las bibliotecas municipales, es de gran ayuda para los estudiantes que se inician en el estudio de la dinámica para la construcción de paz en Colombia. La revista se ha convertido en una herramienta básica para el aprendizaje de nuestros niños y jóvenes.

—Eduardo Cabrera

CRÓNICAS DE VIDA



Tras un proceso de capacitación en fotografía, crónica y reportaje organizado por Col-prensa y dirigido a 260 personas en situación

de desplazamiento, fue publicado el libro *Crónicas de vida*, que compila los relatos de hombres, mujeres y niños que se vieron forzados a cambiar intempestivamente su vida y a abandonarlo todo. El objetivo fue poner a circular las historias del doloroso fenómeno de desplazamiento que, “aunque esté presente a diario en las noticias, sigue siendo ajeno y distante para muchos colombianos”. La iniciativa fue apoyada por la Delegación de la Comisión Europea para Colombia.

EXPOSICIÓN AFROCOLOMBIANA

El 21 de agosto, en el Museo Nacional, se estrena la exposición temporal *Velorios y santos vivos*, conformada por siete altares pertenecientes a comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras, los cuales ofrecen una muestra de los ritos con los que estos pueblos celebran la vida de sus santos y sus ancestros. El objetivo de la exposición es evidenciar el aporte de los afrocolombianos en el relato de nación que de manera permanente hace el Museo en sus exposiciones, y que ésta sea una vía simbólica para reparar a estas comunidades que han sido marginadas históricamente y que hoy sufren las consecuencias. Por eso, la exposición está dedicada a sus muertos insepultos.

DÍA INTERNACIONAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Con motivo del Día Internacional de los Pueblos Indígenas, el 9 de agosto se celebra en Nueva York la séptima sesión del Foro Permanente de Cuestiones Indígenas de las Naciones Unidas. Para este año el tema del foro será “El cambio climático, la diversidad biocultural y los medios de vida: la custodia por los pueblos indígenas y nuevos retos”. En el marco de este evento se espera adaptar recomendaciones significativas dirigidas a los sistemas intergubernamentales, los gobiernos, las organizaciones indígenas y la sociedad civil en general.

Niños y jóvenes: ¿por qué ingresan a grupos ilegales?

Investigaciones demuestran que el 83% de los niños, niñas y jóvenes ingresaron de forma voluntaria a los grupos armados ilegales, aunque el calificativo “voluntario” está determinado por la falta de alternativas y la vulneración de sus derechos, entre otros factores.



© CORTESÍA CLAUDIA RUBIO

Al vivir en una zona con presencia de grupos armados, la violencia se convierte en una situación cotidiana para los jóvenes.

“Desde pequeño, para uno, un tiroteo es normal. Cuando matan a alguien es algo común y corriente”.

“Yo me fui, pero engañada porque me prometieron plata y estudio”.

“Pensé que la vida con ellos era bonita... Y yo tenía problemas con mi mamá y en la escuela”.

“Mi padre vino por mí y me llevó a la fuerza, yo vivía con mi mamá y mi padrastro, él los asesinó y me obligó a ir con él”.

Estas son frases de niños de 16 y 17 años desvinculados de grupos guerrilleros y paramilitares, que en alguna ocasión usaron uniforme, portaron armas, participaron en enfrentamientos armados o fueron utilizados como mensajeros, como informantes o como raspachines en los cultivos ilícitos. Sus palabras reflejan algunas de las causas que llevan a niños, niñas y jóvenes a ser reclutados y utilizados por los ilegales. ¿Cuántos hacen parte de estos grupos armados ilegales? No hay una información exacta, señala Beatriz Linares, asesora del vicepresidente para la Comisión Intersectorial de Prevención de Reclutamiento de Menores por Grupos Organizados al Margen de la Ley. Lo cierto es que 3.590 niños han pasado por el programa de atención de niños

y jóvenes desvinculados de grupos armados ilegales del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, ICBF. De ellos, el 98% afirma que estaba con más niños y niñas, lo que indica la magnitud del problema.

La edad de vinculación oscila entre los 7 y los 14 años, de acuerdo con el estudio *La niñez en el conflicto armado*, de la Defensoría del Pueblo. Eduardo Gallardo, Oficial de Protección de la Infancia de Unicef, manifiesta que la edad promedio ha disminuido a 12,8 años.

Voluntariedad forzada

El 83% de los niños, niñas y jóvenes ingresaron de forma voluntaria a los grupos armados ilegales, según el estudio de la Defensoría. Sin embargo, la investigación aclara que el calificativo “voluntario” está determinado por la falta de alternativas y antecedido por la vul-

neración de sus derechos. Es decir, la voluntariedad no es válida porque siempre ha estado forzada por algún factor, señala Linares.

Sin embargo, según Gallardo, la supuesta “voluntariedad” es muy importante desde el punto de vista técnico, ya que en la medida en que hay un cierto grado de voluntad, así no sea responsable o suficientemente informada, significa que se puede trabajar para prevenir la vinculación a los grupos armados ilegales.

Si bien es cierto que hay casos en que los niños y jóvenes son obligados por la guerrilla y los paramilitares a irse con ellos, “existen factores de riesgo que aumentan la posibilidad de dicha vinculación y que actúan de manera conjunta”, indican Gallardo y María Clara Melguizo, de la Coalición contra la Vinculación de Niños, Niñas y Jóvenes al Conflicto Armado en Colombia.

Los factores de riesgo

Vivir en zonas de violencia

En muchos casos hacer parte del conflicto se ha convertido en una opción de vida como cualquier otra. “La presencia y el dominio, ya sea parcial o total, de un grupo armado socializa en el tiempo a sus pobladores en el conflicto, alterando los modelos sociales y los valores”, se afirma en el estudio *Guerreros sin sombra* del ICBF y la Procuraduría General.

“Muchas veces, los niños y jóvenes no se dan cuenta en qué momento se volvieron combatientes porque su proceso de socialización ha estado íntimamente ligado al conflicto armado”, señala el *Estudio exploratorio de patrones culturales que contribuyen a la vinculación de niños, niñas y jóvenes a los grupos armados en Colombia*, de la Corporación Alotropía y la Organización Internacional del Trabajo, oit. De hecho, “convivir en una zona donde hay grupos armados hace que el conflicto se convierta en una situación cotidiana”, dice Melguizo.

La Defensoría del Pueblo plantea que “en algunos casos sus únicos referentes de país, justicia social y mejora de la calidad de vida han sido los grupos armados, lo cual ha facilitado procesos de identificación positiva hacia ellos y hacia sus medios bélicos y coercitivos”.

Idealizar lo armado

Idealizar la cultura de lo militar por el aparente reconocimiento, poder y estatus que dan las armas también impulsa a los menores a conocer ese mundo. Esto no sólo se presenta en zonas donde hay grupos armados, sino que se generaliza en pautas de crianza familiares y escolares y en los medios de comunicación, “que promueven la construcción de héroes guerreros y armados como figuras para admirar e imitar”, se plantea en el *Estudio exploratorio de patrones culturales*. Cuando se promueven esas figuras, el niño crea un referente positivo hacia esta clase de vida y “no necesariamente va a distinguir entre lo que es legal e ilegal”, afirma Gallardo.

La idea de que los elementos militares generan poder hace que

Los jóvenes tienden a idealizar la cultura militar, ya que les da reconocimiento.

los niños se acerquen a ellos, así como a los vehículos y los radios que usan los ilegales. Esto es un incentivo poderoso cuando la gente se siente impotente y no tiene otro medio para obtener recursos básicos, se plantea en el informe *Promoción y protección de los derechos del niño*, de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

En el estudio de Human Rights Watch *Aprenderás a no llorar, niños combatientes en Colombia*, se revela que muchos de los niños y niñas entrevistados consideraban que las

que quién le reconozca méritos y le brinde seguridad emocional. En esta medida, el grupo armado se convierte en una opción, plantea el ICBF. Es decir, suponen que es posible encontrar en el grupo armado el afecto que les fue negado en sus familias.

Frente al maltrato, la Defensoría afirma que la mayoría de los niños que se vincularon a grupos armados vivían con sus familias; el 86% de ellos fue víctima de tratos crueles y degradantes en sus espacios familiares. Estas situaciones de maltrato eviden-

“MUCHAS VECES, LOS NIÑOS Y JÓVENES NO SE DAN CUENTA EN QUÉ MOMENTO SE VOLVIERON COMBATIENTES PORQUE SU PROCESO DE SOCIALIZACIÓN HA ESTADO LIGADO A LA VÍA ARMADA”.

armas eran “bacanas” y hablaban de ellas con familiaridad. “Precisamente cuando no hay claridad en los esquemas de identidad, se buscan identidades en factores externos”, afirma Juan Manuel Luna, coordinador del Programa de Atención a Niños y Jóvenes de la oim. Cuando ellos perciben que se reconoce a quien muestra fuerza porque viste de camuflado o usa un arma y consigue novia más rápido, quieren imitarlo. Luna precisa: “lo que les gusta no son las armas, sino ser reconocidos”. Por lo tanto hay que buscar programas que los incluyan más y en los que tengan una participación directa.

Vivir en un entorno familiar disfuncional

Las carencias afectivas y la falta de comunicación en el hogar hacen que el joven bus-

cian un problema mayor, y es la validación de la violencia como una herramienta para solucionar los conflictos, señala Melguizo.

En la vinculación también influye la imposición de la voluntad de los padres sobre los hijos, que sigue siendo parte de la cultura familiar, al igual que el uso de la violencia.

Incluso, el inicio temprano de relaciones sexuales en los niños en realidad responde al abuso sexual que han sufrido en sus casas, según ha evidenciado Save the Children. A su vez, a las niñas se les da a un rol de mujer, y tienen que cumplir con el aseo, la preparación de la comida y hasta ejercer actividades sexuales con sus padrastros, padres o tíos, señala Linares.

“En este sentido, lo que la niña reporta como inicio de relaciones sexuales tem-



© CORTESÍA CLAUDIA REIRO



Es necesario reconocer a los niños como sujetos con derechos y prevenir que estos les sean vulnerados.

pranas es realmente una agresión sexual severa. Por eso, esta violencia intrafamiliar y el abuso sexual hay que analizarlo más a fondo, ya que es un problema cultural dentro de las comunidades y las familias, bajo el cual los adultos imponen su voluntad sobre los niños”, dice Linares. Mientras no haya un cambio cultural que genere conciencia de que los niños, niñas y jóvenes son sujetos de derechos no se avanzará en prevenir la vulneración de los mismos.

La Defensoría está convencida de que la imposición de la voluntad y del criterio del

Promoción y protección de los derechos del niño; lo que evidencia que la falta de oportunidades económicas genera en algunos casos la vinculación de niños y jóvenes a dichos grupos. Precisamente, el Informe Nacional de Desarrollo Humano *El conflicto, callejón con salida* señala que existe coincidencia en el mayor índice de reclutamiento y en situaciones socioeconómicas precarias, necesidades básicas insatisfechas, pobreza, desempleo y acceso restringido a la educación.

La falta de recursos es un fuerte incentivo para que los jóvenes ingresen a los grupos

“LO QUE LES GUSTA A LOS NIÑOS NO SON LAS ARMAS, SINO SER RECONOCIDOS. POR ESTO, SE NECESITAN PROGRAMAS QUE LOS INCLUYAN Y EN LOS QUE TENGAN UNA PARTICIPACIÓN DIRECTA”.

adulto sobre los niños y jóvenes a través del poder, la agresión y el autoritarismo, influyen para que los niños y las niñas ingresen a los grupos armados.

La pobreza y los niños trabajadores

“Uno de los motivos más básicos por el que los niños se incorporan a los grupos armados es el económico. El hambre y la pobreza pueden impulsar a los padres a ofrecer sus hijos al servicio militar. Los propios niños pueden vincularse de forma voluntaria si creen que es el único modo de asegurar vestimenta, alimentos o atención médica de forma regular”, así lo señala el informe

armados o busquen otras alternativas de trabajo. Muchos de los niños entrevistados por el ICBF dejaron de estudiar y se dedicaron a labores como jornaleros u oficios domésticos. Esta situación genera un ciclo vicioso: cuando los niños no pueden estudiar se ven obligados a trabajar en diferentes oficios, entre ellos los relacionados con el conflicto, como informantes o mensajeros, entre otros.

Los niños trabajadores son consecuencia de la pobreza y de la cultura familiar, que lleva a que sean habilitados rápidamente para el trabajo, bajo el argumento de que sus familias no cuentan con suficientes recursos, plantea la Defensoría.

Algunos trabajos en los cuales se desempeñan terminan vinculándolos al conflicto armado. Por ejemplo –dice Melguizo– hay una relación muy estrecha entre ser utilizado como raspachín y luego ser reclutado por un grupo armado ilegal. Según *El conflicto, Callejón con Salida*, en las zonas de cultivos ilícitos los niños y jóvenes se vinculan en la siembra, procesamiento y mercadeo de narcóticos. Luego pasan a ser militantes del grupo armado.

El desplazamiento y la disputa por la riqueza

Hay dos factores más que ponen a niños, niñas y jóvenes en riesgo de ser reclutados por actores armados. Uno, el desplazamiento forzado por la violencia, que en el país se calcula afecta entre 1,7 y 3 millones de personas. Otro, las zonas donde hay disputa por la riqueza.

El desplazamiento fragmenta a la familia y a la comunidad, que conforman la red social de protección de los menores. Según el ICBF, son éstas las que contienen y evitan su vinculación a los grupos armados. Por otra parte, al ser forzados a desplazarse se despiertan sentimientos de venganza y rencor por haber tenido que dejarlo todo, lo que aumenta la fragilidad en esta población.

Los niños y jóvenes que viven en zonas de disputa por riquezas, ya sea debido a la explotación minera o petrolera, o por las millonarias regalías, son más vulnerables, pues alrededor de estas zonas suelen estar presentes los grupos armados, dicen Linares y Luna.

El mismo grado de vulnerabilidad se presenta cuando están en zonas de cultivos ilícitos y macroproyectos –dice Linares–, porque generalmente allí se observa la presencia de actores armados, los cuales pueden estar interesados en convocar jóvenes, ya sea para que les sirvan en los negocios o para usarlos en otras actividades.

Estos son algunos de los factores que están llevando a niños, niñas y jóvenes a entrar a grupos armados, cuando sus espacios naturales deberían ser la familia y el colegio. Esta situación ha evidenciado la importancia de trabajar para garantizar la plena vigencia de sus derechos y ofrecerles espacios de participación y reconocimiento. Como señala Gallardo, “trabajar en un entorno protector en el que el adolescente reciba, aprenda e incorpore valores de paz y de resolución pacífica de conflictos los alejará de hacer parte activa del conflicto”. ▀

Con y por los jóvenes del Meta

Después de vivir el riesgo de ser reclutada y de haber sido víctima del desplazamiento, en la Mesa Humanitaria del Meta y en el trabajo con los jóvenes he aprendido que es posible ayudar en la construcción colectiva de la paz y que el Estado también tiene responsabilidades para que los jóvenes tengamos oportunidades. Así como yo, otros también le podrían decir al guerrillero o al paramilitar que los invite a enrolarse: “yo me quedo acá”.

Viviana Palacios Raigosa

Líder de la mesa de jóvenes de la Mesa Humanitaria del Meta

Nuestra familia siempre ha estado en medio de paramilitares y de guerrilleros. Cuando tenía 10 años mis papás, mis hermanos y yo vivíamos en el municipio de Mesetas y nos fuimos a la inspección de La Julia, en el municipio de La Uribe, Meta, donde la autoridad era la guerrilla.

A esa edad vi el primer hecho violento. Yo estaba en la puerta de la casa cuando un grupo de guerrilleros pasó con un hombre a quien le tenían la cara tapada y sus manos amarradas. No sabíamos quién era. Nunca supimos su destino; aunque todos fuimos testigos y miramos asombrados, nadie podía preguntar.

La Julia es un pueblo pequeño al lado del río Duda, donde los jóvenes nos enfrentábamos a todo tipo de técnicas de reclutamiento utilizadas por la guerrilla. Son persistentes. Llegaban al colegio y nos decían que nos fuéramos con ellos. ¡Claro! Convencían a más de uno. Varios de los pelados de mi salón de clases están hoy allá.

También había compañeros de la escuela que ya cargaban un arma. Dos de ellos, de 15 y 16 años, nos invitaban a que nos fuéramos a la guerrilla. A mí me invitaron cuando tenía 11 –en quinto de primaria– y un noviazgo de niñez, de sólo cartitas. Fue hace 10 años cuando un cuñado se me acercó y me lo insinuó:

–Mire Viviana, a uno le enseñan a manejar un arma, a cuidar el pueblo, a ver quién llega. Eso es chévere. Usted sólo va y si le gusta se queda y si no, pues no.

–Ah, pues bueno, un día de estos voy –sí, cómo no!, pensé.

Para la despedida de primaria nos fuimos con seis compañeros del colegio adonde estaba el guerrillero que en ese momento manejaba el pueblo. Queríamos que nos colaborara para hacer una actividad. Lo primero que nos dijo fue: ¿Ustedes ya están organizados? Le pregunté qué significaba “estar organizados”. Estar en un grupo, me dijo.

Había varios combos bolivarianos, varios jóvenes que se encargaban de cuidar el pueblo y de enseñarle a uno esa tarea. La idea, decían, era “tener un buen defensor del pueblo”. Dos de nosotros dijimos que no estábamos organizados y el resto afirmó que sí. Pero le dije que claro, que nos íbamos a organizar. Entonces nos dio una ternera que rifamos para nuestra despedida.

La he estado viendo

La vida en el pueblo era alrededor de ellos. Llegaban a la panadería de mi papá y allí dejaban sus armas, a nuestra vista. A mi hermano le decían: “Venga chino, mire, tóquela, está bien bacana. ¿Sí o no?”. Y gastaban lo que uno quisiera.

Yo tenía 11 años cuando me mandaron a tres guerrilleros. Eso sí, eran bien buenos. Uno estaba de civil y los otros dos uniformados. Llegaban cada ocho días a conquistarme, me invitaban a bailar y en la discoteca le echaban a uno el cuento de siempre: “Me gusta mucho, usted es muy linda, yo la he estado viendo y si usted me quiere, yo la quiero”. Me decían que me iban a cuidar, que me fuera con ellos, que eso era chévere, que a uno lo trataban bien, que allá se mantenía a lo bien, que lo que uno pidiera se lo daban.

Yo recordaba a mi papá: “A usted la conquistan y usted de boba se va. ¡Nunca haga caso!”. Así yo los evadía y les decía: “No, pues tengo que pensarlo”.

Con el paso del tiempo el negocio de la panadería de mi papá se fue vinculando más y más a la comunidad. Entonces, tranquilamente, los comandantes empezaron a llegar allí. A veces pedían siete u ocho millones en pan. Mi papá y los de la otra panadería duraban todo un día sin dormir para cumplir el pedido. “Hermano, en unos días le tenemos la plata, fres-





Esta experiencia juvenil ha hecho posible que los jóvenes entendamos la importancia de organizarnos, no como dice la guerrilla, sino en la legalidad.

co”, le decían a mi papá cuando recibían el pedido en un carro último modelo. Llegaron a deberle entre ocho y diez millones, pero pagaban. Un día un comandante le dijo a mi papá: “Hermano, usted tiene que hacer parte de nosotros”. “Ahí vamos viendo”, respondió mi papá. “No. Es sí o no”, afirmó. No hablaron más. Lo amenazaron y tuvimos que salir de La Julia.

Llegamos al municipio de Granada como desplazados. Fue muy duro para la familia, en ese entonces ya éramos seis hermanos. Cada día era peor. Una vez mi papá tuvo que pedir

ración Desarrollo para la Paz del Piedemonte Oriental, Cordepaz. Como yo había hecho parte de grupos juveniles y en el colegio me gustaba liderar actividades, poco a poco me fui destacando.

Después de esos cursos conformamos un equipo de diez jóvenes para preparar una jornada pedagógica, que organizaba la Mesa Humanitaria del Meta, un proceso de la sociedad civil apoyado por el programa Redes del PNUD, que busca construir un camino de paz en la región fortaleciendo la democracia local.

YO TENÍA 11 AÑOS CUANDO ME ENVIARON A TRES GUERRILLEROS A CONQUISTARME. CADA OCHO DÍAS ME INVITABAN A BAILAR Y EN LA DISCOTECA LE ECHABAN A UNO EL CUENTO DE SIEMPRE.

huesos en la plaza. Si un día teníamos yuca, entonces no teníamos plátano. Para descargar de responsabilidades a mis padres me fui de la casa. Tenía 15 años. Fue un error ¡lo reconozco!, pero lo hermoso es que hoy tengo un bebé que nació el 23 de enero de 2004.

Después de mucho recorrer, de trabajar en muchos oficios, mi papá me aconsejó participar en unos cursos libres sobre educación sexual y reproductiva, participación y proyectos de vida, organizados por la Corpo-

Esa jornada se realizó con 120 jóvenes de 12 municipios del departamento. Como el Meta no tenía un plan de desarrollo juvenil ni espacios ni oportunidades de participar en la región, generamos un espacio de encuentro incluyente, de organización, formación, compromiso y participación juvenil para mejorar las condiciones de vida de esta población. Así nació, en 2006, el grupo de jóvenes que hoy hace parte de la Mesa Humanitaria del Meta.

© CORTESÍA EL TIEMPO

El año pasado la mesa de jóvenes generó una dinámica que ayudó a su fortalecimiento. Definió su estructura, su esquema de funcionamiento interno y lo que hoy es el plan de acción a tres años.

Desde entonces venimos trabajando de una manera activa para que la Mesa incida y tenga visibilidad en escenarios públicos locales, departamentales y nacionales, como los Consejos Territoriales de Planeación, el Consejo de Política Social y la estrategia Hechos y Derechos. Una de las cosas más importantes ha sido el acuerdo de voluntades firmado entre la mesa de jóvenes y la Gobernación del Meta, que busca crear un comité para tratar el tema juvenil y para que cada dependencia se comprometa con este grupo.

Hoy la mesa cuenta con cerca de 63 organizaciones y jóvenes líderes de 18 municipios del Meta agrupados en un comité coordinador, que pertenece al equipo encargado de dinamizar la creación de una Mesa Nacional de Juventudes.

Esta experiencia juvenil ha hecho posible que los jóvenes entendamos la importancia de organizarnos, no como dice la guerrilla, sino en la legalidad. Hemos aprendido a dialogar y a concertar en colectivo; a fortalecer sentimientos de pertenencia, identidad, pluralidad entre nosotros y las comunidades; y a consolidar la participación juvenil en la vida pública. Todo esto nos ha ayudado a comprender que hay otras opciones; que el liderazgo y la palabra también tienen poder, a veces más que el de las armas.

Después de lo que he vivido, de los riesgos, del desplazamiento y de tanto sufrimiento, a través de la Mesa y del trabajo con los jóvenes he aprendido que es posible sentir nuestra región, al país, y actuar en la construcción colectiva de la paz, y que el Estado también tiene responsabilidades para que los y las jóvenes tengamos oportunidades. Así, como yo lo hice, ellos le podrán decir al guerrillero o al paramilitar que los invite a enrolarse: “yo me quedo acá”. ▶

“Preocupa que la carga va quedando en pocas personas”

Claudia Rujales, la esposa del ex gobernador del Meta, Alan Jara, espera que la liberación de Ingrid Betancourt y de los tres norteamericanos no signifique el olvido para quienes aún siguen en poder de las Farc, y que ni éstas ni el gobierno ni la comunidad internacional desfallezcan en buscar salidas.

Desde el 15 de julio de 2001 el ex gobernador del Meta, Alan Jara, ha hecho un peregrinaje forzado por la selva, y su esposa, Claudia Rujales, un peregrinaje por el asfalto, por las calles y caminos de Bogotá, del Meta, del Caguán y de otras regiones. Claudia va en busca de instituciones y de personas que cree pueden ayudar a recuperar la libertad de su esposo y de los demás secuestrados por las Farc.

A partir de ese día –como ella lo dice– trata de insistir, de presionar, de tocar puertas, de investigar en dónde se han dado intercambios humanitarios, de estudiar sobre derechos humanos y derecho internacional humanitario y de estar las 24 horas pegada al radio esperando la noticia de que su esposo por fin es libre.

Ella espera que terminen los cerca de siete años de pesadilla y que su hijo ya no tenga que mandarle mensajes por radio porque puede decírselos al oído. Mientras tanto, sigue trabajando en la Consejería de Paz de la Gobernación del Meta en busca de la liberación de su esposo, y también de los demás secuestrados: 27 policías y tres civiles –según Asfamipaz– de los cuales cinco policías y un civil, Alan, son del Meta.

Es su historia, pero muy parecida a la de tantos otros colombianos que también esperan a un padre, a un esposo, a un hijo o a un hermano y que celebran cada vez que hay una liberación, aunque en ese grupo no esté ese padre o ese esposo o ese hijo o ese hermano que han estado esperando, incluso por más de 10 años.

“Cada vez que hay un hecho parecido decimos ‘Bueno, éste es el último’. Y sin embargo, pasa otro y otro y siempre nos levantamos y seguimos adelante porque sabemos que ellos sólo nos tienen a nosotros para salir de allí, para salir de la selva”, afirma Claudia Rujales.

A partir de la masiva marcha y de la liberación de Ingrid Betancourt, de los norteamericanos y de los demás secuestrados, ¿qué espera?

Que la comunidad internacional continúe apoyándonos con el mismo empeño. Pero somos conscientes de que al salir Ingrid y los tres norteamericanos, baja la expectativa sobre el tema. Eso nos preocupa.

¿Qué le pide al Presidente?

Que busque alternativas para encontrar una solución política negociada porque es la forma más segura de que nuestros familiares regresen a sus hogares. En él está buscar mecanismos para avanzar y garantizar un proceso cuyo propósito final sea la libertad. Pero se requiere del acompañamiento internacional. Lo hemos visto a través de Venezuela y de la senadora Piedad Córdoba, quienes

con una intervención exitosa lograron la libertad de seis personas. La Iglesia también puede tener un papel importante. Hay opciones que se deben explorar, como un facilitador, un mediador, o acompañantes; pero deben responder al pedido de las dos partes.

¿Qué le pide a las Farc?

Que continúe con las liberaciones unilaterales que venía realizando para que todos sean libres, incluyendo los secuestrados por razones económicas. Esperamos que finalmente puedan sacar un comunicado anunciando que se anula el secuestro como práctica de guerra y que todo ello conduzca a un proceso de paz.

¿Qué opciones ve posibles para que haya futuras liberaciones?

Con cada liberación analizamos los posibles escenarios. En el primero, el rescate aparece como una alternativa, pero no estamos de acuerdo con esa opción y la rechazamos porque no queremos correr el menor riesgo; no



es justo, son hombres luchadores y valientes que han estado esperando su libertad por mucho tiempo. En el segundo escenario, las Farc podrían continuar con las liberaciones unilaterales y en el tercero, podría darse una negociación directa. En cualquier escenario, siempre que se hable de la vida de los secuestrados y que haya un acuerdo, habrá posibilidades de que se inicie un proceso de paz.

¿Tiene una comunicación constante con el Presidente, con el Comisionado?

No siempre se ha tenido la comunicación que uno quisiera porque hay momentos en los que uno necesita alguna aclaración. En mi caso, sí me han atendido.

¿Qué le han dicho los liberados?

Todos hablan con mucho aprecio porque cuando Alan llegó era una novedad en medio de esa monotonía de la selva. Alan creó una escuela en la selva y da clases de inglés y de ruso, colectivas e individuales. Incluso creó un grupo para jugar *bridge*, que ha dado para risas en medio de tanto dolor. En las primeras pruebas de vida, Alan me pidió ciertas reglas de ese juego y yo las leí en un mensaje radial; les pasó de todo por el afán de anotarlas, incluso se les apagó la vela. Y a este lado del mundo mis compañeras me preguntaban si yo trataba de decir algo a través de esas claves... Es que Alan ha sido un hombre muy especial.

A nuestro hijo le ha dado lecciones de vida a través de sus cartas. La última, con fecha del 18 de diciembre de 2007, nos la entregó

Consuelo de Perdomo en enero. En ella le insiste al niño que, como él, debe superar las dificultades, ser sencillo, pensar con lógica, alimentarse constantemente de la vida.

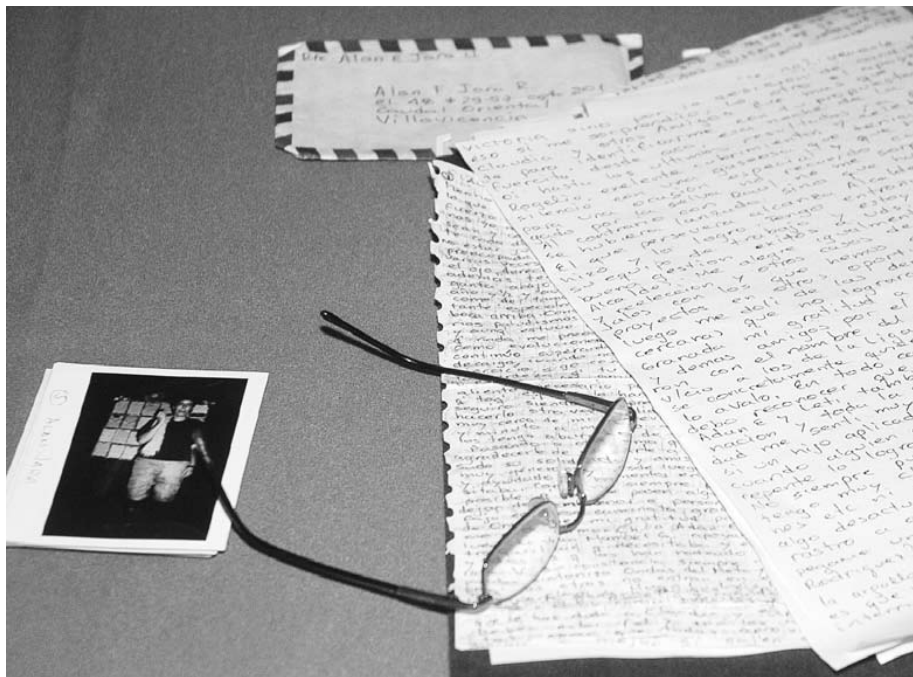
¿Cómo ha sido la situación para su hijo?

Alán Felipe hoy tiene 14 años y cuando a su padre lo secuestraron tenía 7.

El papá le enseñaba a estudiar, jugaban juntos... El día del secuestro estaba pendiente de entregarle una tarea... y sigue esperando.

Lo ha afectado mucho en el estudio, aunque no ha perdido ningún año, además, por cuatro años abandonó su deporte favorito: el tenis de mesa, que practica desde los 5 años.

Pero hoy hace parte de la selección de Meta y está preseleccionado para los juegos nacionales, le manda mensajes con esa expresión oral que lo caracteriza y ha leído tres de los innumerables libros que su padre le ha aconsejado en las cartas.



© CORTESÍA GUILERMO HERRERA • PLANO 7 DÍAS

¿Y cómo ha sido para usted?

Esto afecta a todo el entorno familiar y no sólo a las esposas, a los hijos o a las hijas. La vida cambia radicalmente y más si el secuestro es político. En uno económico la solución es de la familia. En uno político la

solución no está en manos de uno, sino del Gobierno y de las Farc. Entonces la actitud de la familia es la de pedir, presionar, sensibilizar. Todo gira alrededor de eso y entonces uno empieza un peregrinaje por todas las instituciones y personas que puedan ayudar. Al principio los familiares creamos un grupo, que fue

¿Qué recuerda del día del secuestro?

Alan recibió la invitación del Ministerio del Interior y de Justicia, del programa de reinserción de esa época, del PNUD y de la comunidad de Lejanías para asistir a

la inauguración del puente de La Reconciliación, producto de un acuerdo de paz entre dos comunidades. Se fue en el carro de Naciones Unidas y cuando ya estaban de regreso, la guerrilla detuvo la comitiva.

El Representante del PNUD, Lars Franklin, dio todos los argumentos y forcejeó tratando de que no se lo llevaran.

Me enteré en la casa, donde llegaron periodistas y cámaras. “¿A quién le tocó está vez?”, le pregunté a uno de ellos.

Nunca me imaginé la respuesta... si acabábamos de vivir un tiempo de mucha unión en un viaje de seis meses al exterior, si una semana antes el DAS y el Comando de la Policía nos habían dicho que Alan no tenía problemas de seguridad, si se había ido en

el carro de Naciones Unidas...

Y desde entonces...

Y desde entonces uno empieza a vivir

en una angustia permanente, una zozobra, una impotencia.

Uno no vuelve a saber qué es tranquilidad, qué es felicidad. No quisiera vivir más esta pesadilla del secuestro. Mejor dicho, quisiera levantarme un día y empezar a tener una vida tranquila y normal, de una persona común y corriente. ▶

NO QUISIERA VIVIR MÁS ESTA PESADILLA DEL SECUESTRO. QUISIERA LEVANTARME UN DÍA Y EMPEZAR A TENER UNA VIDA TRANQUILA Y NORMAL, DE UNA PERSONA COMÚN Y CORRIENTE.

“Le dije que en mis ojos ya no cabían más lágrimas”

Al hijo de María Virginia Franco se lo llevó la guerrilla el 3 de marzo de 1998, tras la toma a una base militar en el municipio El Billar, Caquetá, que dejó 30 soldados muertos y 60 secuestrados. En ese entonces, Luis Alfonso Beltrán tenía 29 años. El 15 de septiembre cumplirá 40... Y ella espera que los cumpla en libertad.

A media noche una vecina me dijo: ‘acabaron de nombrar a su hijo en la radio. Que está secuestrado’. Yo estaba pendiente de la toma en El Billar, aunque no sabía que a Luis Alfonso lo habían trasladado para allá. En ese momento sentí alivio de que no estaba muerto, pero no me imaginaba lo que me iba a tocar de ahí en adelante”. Así comenzó la tragedia que desde hace diez años vive María Virginia Franco, madre del soldado Luis Alfonso Beltrán.

En ese entonces, 1998, Luis Alfonso tenía 29 años. Hoy tiene 39 y cumplirá 40 el próximo 15 de septiembre. Hoy, María Virginia

tiene 68 años y aunque otras madres ya gozan la libertad de sus hijos, ella continúa a la espera, dedicando sus días a gestionar aquí y allá las manifestaciones de solidaridad con los secuestrados y la salida negociada para lograr su libertad.

Para María Virginia, los soldados no han recibido toda la atención y el protagonismo que sí le han dado a los políticos secuestrados. “No han tenido la misma consideración que otros. Casi nunca los mencionan. Además, primero han salido los que ante la guerrilla y el mundo valen más. Claro, ahora tendrán que hacer referencia a ellos porque ya son los últimos que quedan”. A ella le preocupa que se siga pensando que los militares están para luchar y deben soportar lo que sea. “Nosotros les hemos dicho a los militares que son seres humanos y que también merecen vivir”.

¿Cómo comenzó a trabajar por la libertad de su hijo y de los secuestrados?

Mi hijo fue uno de los primeros, se lo llevaron en 1998. Con los periodistas logramos tener los teléfonos de las madres de El Billar y entonces empezamos a hablar. Éramos sólo cuatro: Olga, Isabel, Bárbara y yo. Empezamos a salir a la Plaza de Bolívar con banderitas blancas que hacíamos en nuestras casas y se las dábamos a la gente.

Les decíamos: “levanten la banderita para que nos vean”. Los familiares de los militares secuestrados en

Nariño ya se habían organizado y consiguieron una cita con el presidente Ernesto Samper, pero nosotras no logramos entrar en ese grupo. Fue entonces cuando se creó la Asociación Colombiana de Familiares de Miembros de la Fuerza Pública, Asfamipaz, con la vocería de Marleny Orjuela, y entonces empezamos a trabajar todas las familias juntas. Antes, cada una tenía que pagar de su bolsillo, pero ahora tenemos un apoyo de algunas personas y organizaciones.

¿Cómo ha cambiado su vida?

Ha sido mucha la angustia y el dolor. Me enfermé del corazón y sentía que el mundo se me estaba acabando. Cómo hubiese sido de bueno un apoyo psicológico, porque yo estaba desesperada y enferma. Afortunadamente la psicóloga del colegio donde estudiaba mi otro hijo me hizo una visita y me dijo: “Usted tiene que vivir porque su hijo está vivo. Tiene que cuidarse para que cuando su hijo llegue la encuentre bien”. Eso me ayudó mucho, porque de lo contrario...

Desde ese 3 de marzo de 1998 ¿qué noticias ha tenido de su hijo?

Aunque lleva 10 años secuestrado, hace casi 11 que no lo veo, porque cuando él se fue estaba en lo que era la zona de distensión y la guerrilla andaba por ahí libremente. Supe que Luis Alfonso comandaba un grupo de 25 soldados y lo mandaron a hacer un recorrido donde la guerrilla tenía todo minado y estaba todo el secretariado de las Farc. Estuvieron en combate durante tres días, hasta que quedaron sin comida y sin municiones. Cuando ya no pudieron hacerle más frente a la guerrilla, los secuestraron. Ya son cinco años de la última prueba de supervivencia. Fue un video, pero mi hijo no dice sino un saludito muy pequeño. Dijo que la familia lo había olvidado porque realmente en esa época casi no mandábamos mensajes, era más difícil. Ahora ya nos comunicamos.





© FOTO ASTRID ELENA VILLEGAS

muy contenta por los que salieron. Tenía el televisor prendido y empezaron a timbrar las amigas: “Ay, que liberaron a los secuestrados”, me decían. Y empieza uno a esperar que den los nombres. Un minuto se le hace a uno una eternidad. Cuando dieron la lista di gracias a Dios, pero queda uno más pensativo por la forma en que los rescataron, porque aunque fue pura inteligencia los que pagan son los que quedan allá. Eso le quita a uno el ánimo.

¿Ellos le comentaron algo de su hijo?

Mi cuñado sí pudo hablar con Ingrid y ella le habló muy bien de Luis Alfonso, aunque dijo que hace dos años no lo veía. Yo hablé fue

con Pinchao [el intendente John Frank Pinchao]. Me dijo que a Luis Alfonso le gustan las artesanías y que le hacía guantes y camisitas al niño de Clara Rojas. Ahora traté de hablar con los que rescataron pero no me dejaron entrar donde estaban. Eso me da tristeza porque uno siente el anhelo de saludarlos y, claro, de una vez preguntar por el hijo a ver qué cuentan. Alcancé a saludar a Arteaga [José Miguel Arteaga, cabo primero del Ejército, también secuestrado en El Billar] y me dijo

que hacía tres años no estaba con él. Pero yo sé que está vivo porque donde yo voy a orar hay una señora que reza el rosario y que tiene videncias. Ella me dice que lo ha visto.

¿Qué le han informado las autoridades?, ¿se ha reunido con ellas?

El presidente Samper no nos quiso recibir y no hemos podido reunirnos con ningún presidente. Eso es lo que me duele. Yo no he

oído a algún presidente que diga “yo quiero reunirme con las madres de los militares secuestrados”. Con el Ejército sí, siempre está un coronel, pero deben tener más consideración.

Si tuviera una reunión con el presidente ¿qué le diría?

Que haga el deber de hablar o ponerse en contacto con la guerrilla, aunque yo sé que ahorita es muy difícil y la guerrilla también ha sido muy reacia porque no quiere negociar con el presidente. Pero él puede nombrar a un delegado o a una persona en la que la guerrilla confíe, porque yo creo que ahora quedaron muy desconfiados después del rescate.

¿Y qué le diría a la guerrilla?

Que deje de ensañarse en hacerle mal a los seres humanos y no sólo a los que están secuestrados, sino también a los de los pueblos y a los campesinos que tienen que soportar tanta injusticia.

¿Y a su hijo?

Que yo sigo pendiente, que no lo abandonaré jamás mientras tenga salud, que sigo orando y que espero tenerlo en casa. Que todos lo queremos mucho. Yo tengo mucha esperanza de que este año sea la liberación de los demás secuestrados, que la guerrilla tome conciencia y los entregue.

¿Cómo cree que se logrará la liberación de los que faltan?

Con una buena negociación y que el gobierno le cumpla a la guerrilla. Yo antes detestaba a la guerrilla y ahora los perdono, ellos también sufren, también son víctimas porque fueron niños que se los llevaron para enseñarlos a matar y tampoco están viviendo, hacen las cosas obligados. Ojalá los países intervengan y que el presidente esté presente así no hable con la guerrilla, pero que permita una negociación. Es que un rescate es muy peligroso... O que la guerrilla entregue a los secuestrados. Le pido a Dios que los ilumine.

¿Ha sentido el apoyo de los colombianos?

Ahora sí, pero anteriormente no. Nadie creía. Había gente que decía que a ellos los trataban bien allá. Pero el que está allá, el que tiene un hijo secuestrado, es el que da testimonio. La situación no la inventamos. En las salidas que hacemos la gente nos apoya, aunque a veces va uno en un desfile y la gente como que se burla. Eso lo hiera a uno mucho. ▶

Las madres de los soldados secuestrados se han acompañado desde el principio.

¿Y cómo lo hace?

Yo llamo a Todelar a las 6 de la tarde o a Caracol a *Las voces del secuestro*, pero no siempre es posible comunicarse, entonces uno trasnocha y escucha a los que pueden pasar mensajes. También enviamos mensajes por la emisora del Ejército. En el último le dije que en mis ojos ya no cabían más lágrimas pero que yo seguía con fe, con esperanza, con mucho amor y que les pedía a Dios y a la Virgen que lo protegiera. Que él pronto

EN LAS SALIDAS QUE HACEMOS LA GENTE NOS APOYA, AUNQUE A VECES VA UNO A UN DESFILE Y LA GENTE COMO QUE SE BURLA. ESO LO HIERE A UNO MUCHO.

iba a llegar y que la familia lo esperaba. A veces yo le cuento cosas, como que tiene dos sobrinos más. Ojalá la guerrilla no les quite la posibilidad de escuchar estos mensajes.

¿Cómo vivió el rescate de Ingrid Betancourt y los militares?

Tuve dos sentimientos, alegría y tristeza. Yo tenía la esperanza de que viniera Luis Alfonso, pero no fue posible, sin embargo, estoy

Desde la profundidad del corazón

Para muchos artistas y trabajadores de la cultura, las heridas que han dado origen a la violencia en el país y aquellas generadas en tantos años de acción armada, aún están abiertas. Artistas del cine, del teatro, de la pintura, del documental, de la música, de la danza y de la literatura realizan y proyectan obras para recuperar la memoria y dignificar a las víctimas.

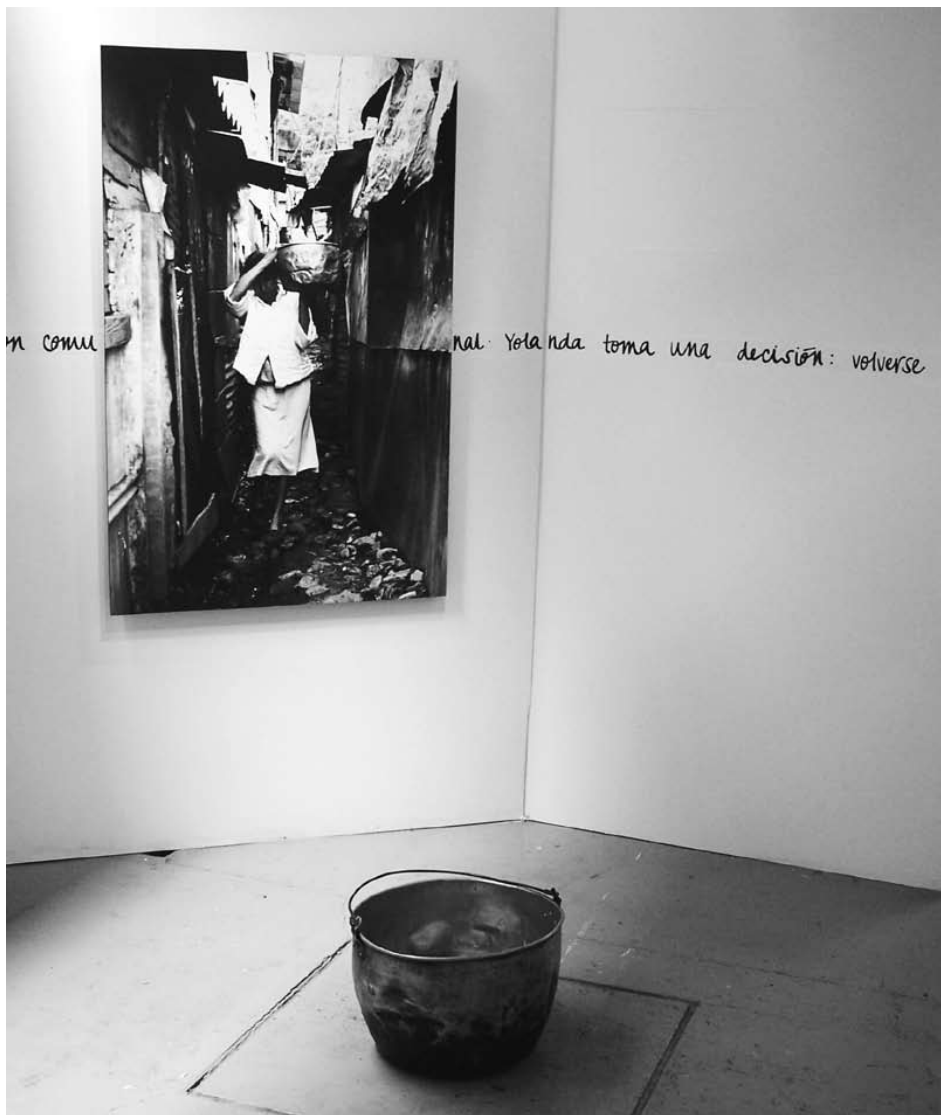
La explosión de una mina antipersonal no le produjo a un soldado antioqueño destrozos en sus piernas ni en sus brazos, pero una esquirla le perforó el corazón. La historia de este joven que hoy vive en Bello, Antioquia, fue la base para que el cineasta Diego García Moreno realizara su documental *El corazón*, donde mostró que el soldado “es un símbolo de la herida que llevamos en el corazón”.

“Los artistas somos habitantes de una región en conflicto y sufrimos también los dramáticos acontecimientos. Tenemos un medio de expresión que es el arte, por medio del cual manifestamos nuestros sentimientos y nuestra voluntad para impedir que se pierda la memoria”, dice Beatriz González. Sus palabras y sus pinturas lo dicen, como *Ondas de rancho grande*, el cuadro que pintó en homenaje a Yolanda Izquierdo –la defensora de las tierras de las víctimas–, que fue asesinada en Córdoba.

El arte es una vía para “recordarle a la gente la visión amplia de lo que nos pasa tratando de llegar a fibras íntimas colectivas. Los colombianos no hemos sido capaces de mirarnos a los ojos. Es mucho lo que nos falta por hablar. Necesitamos hacer catarsis frente a la violencia que hemos vivido y de la que aún no salimos”, señala García.

Así como Diego García y Beatriz González, numerosos artistas del país dedican sus obras al dolor que han vivido tantos colombianos, a la indiferencia de tantos otros y a los logros de muchos más.

Le apuestan, por una parte, a recuperar la memoria, y para ello cuentan o representan una versión de la historia en la que dignifican a las víctimas; y por otra, a acercar al público a esos escenarios en los que se desarrolla la vida de quienes se han visto afectados directamente por el conflicto. Quieren que el público sienta al otro, a quien fue asesinado,



A través de la exposición *Yolanda, fragmentos de destierro y desarraigo*, el Museo Nacional ha mostrado el gran bagaje cultural que traen las personas en desplazamiento.

a quien fue herido, a quienes les arrebataron sus tierras.

Cada artista, a su manera, ha ido construyendo, en los últimos años, su propia visión de la violencia. Carlos Gaviria, cineasta y autor de la película *Retratos en un mar de mentiras*, ha seguido el tema de las víctimas durante varios años. Dice: “En el proceso de construcción de una estética nacional me

interesa mirar quiénes son los héroes en Colombia, y en los últimos 20 años se ha hecho una construcción equivocada de éstos. Aquí el héroe es el mafioso, es el victimario y no la víctima. En un país con millones de desplazados y miles de muertos busco a través del cine construir una nueva estética, donde esas muertes, casi todas heroicas, tengan una vez el papel principal”.



Los artistas del teatro Varasanta dedicaron su obra *Kilele* a quienes murieron buscando un país mejor y a los vivos que sueñan con una Colombia humana.

Durante la investigación para su película encontró que los verdaderos héroes son los desplazados: “Personas terriblemente desarraigadas, que antes de ser desalojadas de sus tierras por los actores armados tuvieron que defenderse de ellos. Y aunque hayan sido derrotados, su actuar ha sido más heroico desde un punto de vista ético”.

Una mirada a las víctimas

Una de las obras artísticas más ambiciosas para despertar el reconocimiento y la solidaridad hacia las víctimas fue el performance *Siembra y canto en la Plaza*, del 27 de julio de 2007. Durante tres días, la Corporación

cómo era la vida de los desplazados antes de que los sacaran de su tierra; que experimentara el valor de sus vidas, de los alimentos que producían y de la cultura que tenían. Los desplazados son personas con un drama, pero también con una riqueza cultural enorme que no hemos querido ver”, dice Patricia Ariza, directora de la Corporación Colombiana de Teatro y organizadora de la instalación.

Con la misma pretensión de poner presente a las víctimas y de que el público las conociera y comprendiera, el Museo Nacional realizó la exposición *Yolanda, fragmentos de destierro y desarraigo*, que hasta el momento ha recorrido 23 ciudades. Fueron varias

DESDE LA MIRADA DE LOS ARTISTAS Y TRABAJADORES DE LA CULTURA, EL PAÍS TIENE INFORMACIÓN SOBRE LA VIOLENCIA QUE HA VIVIDO, PERO NO MEMORIA.

Colombiana de Teatro, la Alcaldía Mayor de Bogotá, el Jardín Botánico, ACNUR y otras organizaciones descargaron toneladas de tierra en la Plaza de Bolívar y la convirtieron en un campo. Desplazados sembraron diferentes plantas y, en medio de los artistas, le explicaron a los transeúntes cómo era la vida en el campo y la historia que habían vivido. “Es uno de los actos simbólicos más impresionantes, con el que buscamos que la gente viera el campo de otra manera; que percibiera

las reacciones del público, señala Margarita Reyes, curadora de la exposición, y agrega: “Muchos jóvenes desconocen la verdadera situación de las personas en desplazamiento y su vida antes del destierro. A partir de la exposición algunos se solidarizan con ellos, aunque otros hacen comentarios muy fuertes, los señalan como si fueran parte de los grupos armados y los ven como invasores que crean mayores cordones de miseria y afean los semáforos”.

¿Y la memoria?

Desde la mirada de los artistas y trabajadores de la cultura, el país tiene información sobre la violencia que ha vivido el país, pero no memoria. “La información se borra porque se maneja como información de consumo. Se habla de la desaparición forzada y a la gente le da un poquito de tristeza, pero al otro día llega otro suceso que borra el anterior. Surge una amnesia peligrosa. Trabajar por la memoria no es solamente hacer una arqueología de lo que ha pasado o aumentar el acervo cultural de las personas. Es volver a pasar por el corazón”, afirma Patricia Ariza.

¿Y por qué es importante la memoria?

“Porque la ausencia de memoria y la información parcializada generan identidades totalmente rotas en las que la gente no se siente parte del mismo mundo de las personas afectadas”, dice Claudia Girón, del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado. “Frente a una memoria histórica coja como la nuestra proponemos pensar los derechos humanos no como un problema jurídico –agrega Girón– sino como un problema ético, en el que necesitamos entender que hay personas afectadas por la violencia, que no son víctimas que están al otro lado de la barrera, sino aquí mismo, que hacen parte del mismo mundo”.

Las obras de arte despiertan nuevas sensibilidades al acercarse a la realidad nacional. “Lo que vivimos –dice Ariza– es una tragedia

y la única salida es hacerse preguntas distintas, no quién es el malo ni quién es el bueno, eso no nos lleva a ninguna parte. Lo que tenemos que preguntarnos es cómo son los que sufren la violencia y por qué la inmensa mayoría de los muertos son campesinos y personas de estrato social muy bajo”.

Con esa misma búsqueda trabaja el grupo de teatro La Calle, de Zambrano, Bolívar, un municipio altamente afectado por la violencia. “Lo que nos mueve a hacer teatro es la necesidad de mostrar la realidad que se vive en el pueblo. A través del teatro se expresan muchas emociones y vivencias. Uno encarna, siente y vive los personajes porque cada uno demuestra lo que hemos pasado siendo jóvenes que vivimos tanta violencia”, dice la actriz Blanca Noguera.

Por medio de la formación artística, este grupo convoca a muchos jóvenes a participar en la creación de obras, en la actuación y en la interpretación musical. De esta manera, mientras la pobreza y la falta de oportunidades contribuyen a la vinculación de los jóvenes a los grupos armados ilegales, el teatro La Calle ha conseguido que el arte se convierta en una de las opciones que alejan a los jóvenes de las armas.

Como dice Diego García, “quizás estas obras nos ayuden a cambiar una actitud de vida frente al otro, al que necesitamos ver sin tener que aniquilarlo. El soldado de *El corazón* irá envejeciendo, pero ya se creó un acontecimiento narrativo que puede tocar fibras y conmover. La suma de esto y de otros actos, quizá genere una actitud moral de no agresión”.

Así, por medio de preguntas, de historias y de distintas representaciones, los artistas están aportando a una cultura más reflexiva, más sensible y con más herramientas para la transformación. “Creo que el arte puede lograr muchísimo en la medida en que puede humanizar a las víctimas –dice Carlos Gaviria–. Parte de la indiferencia con los desplazados, es que hubo una campaña para deshumanizar a la víctima y generar la sensación de que se lo merecen, que ‘por algo fue’. El arte, en últimas, contribuye a que veamos a las víctimas como seres humanos por encima de las ideologías, de la economía y de cualquier aspecto que nos fragmente”.

Artistas de Colombia trabajan por reafirmar la dignidad de las personas en desplazamiento, como esta foto que hace parte de la exposición “Lo que hemos dejado atrás”, del Museo Nacional.



© CORTESÍA MUSEO NACIONAL • FOTO GERARDO FAVOIX

NARCOTRÁFICO Y DESPLAZAMIENTO EN EL SALÓN REGIONAL DE ARTISTAS



© CORTESÍA MINISTERIO DE CULTURA

Bodegón Nukak. San José del Guaviare.

El dolor generado por la violencia y el narcotráfico fueron los temas frecuentes de las obras que participaron en los salones regionales de artistas, y especialmente en las regiones de frontera, organizados por el Ministerio de Cultura en 2007.

“Una de las principales búsquedas de los artistas fue llamar la atención sobre sucesos que afectan la vida de la gente y que no han sido conocidos por la opinión pública”, señala Libardo Archila, curador de la muestra de los Territorios Nacionales. “Yo, ante todo, veo la necesidad vital de que los artistas se expresen y digan a la gente que ‘ponga cuidado aquí’. En esta ocasión no pusimos un tema, sino que, por el contrario, les pedimos que fueran libres para escoger los temas de sus obras. En forma abrumadora seleccionaron los relacionados con el conflicto”.

Y es que muchos de ellos se han visto afectados por la violencia o tienen una experiencia muy cercana a estos acontecimientos. Incluso, uno de los artistas que participó en el salón regional de los territorios nacionales fue raspachín de cultivos de coca. “Los otros artistas le pedían que representara escenas de esa época, pero él prefirió hacer una obra sobre los animales que ya no se ven por el deterioro de la selva”.

Muchos otros artistas se enfocaron en la fumigación de cultivos ilícitos, como el Colectivo Inflarojo, de Arauca, con su obra llamada *Inflarojo*, y Hair Leal, del Meta, con su obra *Metro cúbico de selva*.

Otro tema que se destacó fue el desplazamiento forzado, de manera especial entre los artistas de San José del Guaviare, en cuyas obras cobró fuerza el desplazamiento de los nukak. Según Archila, “en general, los artistas de esta región están muy comprometidos con el conflicto y quieren dar a conocer las situaciones dolorosas que se viven. Varios de ellos, incluso, han sido amenazados”.

Obras son amores

A través de sus obras, varios artistas del país resaltan la imagen de quienes han sido afectados directamente por la violencia, y llevan a su público a conocerlos, mostrándolos como son: seres que opinan, que crean, producen y tienen futuro. Éstas son algunas de ellas.



Memoria viva en la Plaza.

Memoria viva en la Plaza. Performance

Dos mil mesas con manteles blancos llenaron la Plaza de Bolívar. En ellas, alrededor de 700 familiares y amigos de personas asesinadas de la Unión Patriótica pusieron los recuerdos de los fallecidos: trajes, gafas, retratos, cartas y libros que leían antes de morir.

“Los objetos hablaban por sí mismos, reflejaban que eran gente pobre. Quienes pasaban por allí entraban, hablaban con quienes habían traído sus memorias y lloraban. Se notaba el dolor de quienes han perdido a seres queridos, que otra parte del país se niega a recordar”, dice Patricia Ariza, organizadora. Este performance fue realizado por varias organizaciones, entre ellas la



Yolanda, fragmentos de destierro y desarraigo.

© CORTESÍA CORPORACIÓN REINICIAR

Corporación Colombiana de Teatro y la Corporación Reiniciar, en octubre de 2007.

Kilele. Teatro

Creación colectiva del teatro Varasanta “inspirada en el crimen de guerra cometido en Bojayá, en mayo de 2002”, dice su director, Fernando Montes. *Kilele* relata el viaje obligado de

desplazados y los viajes prohibidos de quienes quieren retornar a su pueblo. Se describe la lucha por la libertad.

“*Kilele* es una palabra africana que significa fiesta y rebelión. Es como una bulla, un lamento y un llanto por las víctimas que ha dejado el conflicto que se vive en el Atrato. Por eso la obra tenía que ser un canto, un homenaje y una voz que animara a quienes continúan revelándose contra la guerra”, dice Montes.

Yolanda, fragmentos de destierro y desarraigo. Exposición

En un trabajo con más de 50 personas desplazadas, el Museo Nacional realizó una exposición temporal que cuenta la historia del desarraigo. Inventaron un personaje ficticio, al que llamaron Yolanda, y fueron armando su historia con las narraciones de cada uno. Así surgió la exposición *Yolanda, fragmentos de destierro y desarraigo*, que describe la situación de una persona desplazada cuando llega a Bogotá. “Se buscó mostrar que eran familias con un grandísimo bagaje cultural, que no se les está brindando una atención para cubrir sus necesidades inmediatas y que, además, son señalados”, relata Margarita Reyes, la curadora. “Es importante mostrar su dignidad a pesar de las condiciones en que viven, ese terco sentido de la

© CORTESÍA MUSEO NACIONAL

renovación y de seguir construyendo a pesar de las adversidades”.

Retratos en un mar de mentiras. Cine



Retratos en un mar de mentiras.

Esta película del director Carlos Gaviria cuenta la historia de Marina, una joven desplazada, y de su primo Jairo, un fotógrafo ambulante. Los dos emprenden el viaje de regreso a la zona de la cual su familia fue desplazada, en busca de su casa y de su tierra. La película narra cómo tienen que enfrentarse a los paramilitares, quienes defienden los intereses de otros sobre la tierra que Marina y Jairo quieren recuperar. Durante el viaje, reviven las matanzas y las tragedias de las que fueron víctimas. Esta película, estrenada en 2008, es un homenaje del director a los desplazados

La multitud errante

“Si yo pudiera hablarle sin romperle el corazón se lo repetiría bien claro para que deje sus desvelos y errancias tras una sombra. Le diría: ‘Tu Matilde Lina se fue al limbo, donde habitan los que no están ni vivos ni muertos’”. Este texto hace parte de la novela *La multitud errante*, en la que Laura Restrepo narra el drama que ronda la mente y el corazón de personajes desplazados y de familiares de desaparecidos. Restrepo pone en palabras el sufrimiento de su protagonista, cuya mujer fue desaparecida. Él la busca atormentado por la culpa: “Culpa de no haber impedido que se la llevaran. De no buscarla con suficiente empeño. De seguir vivo, de respirar, de comer, de caminar: cree que todo es traicionarla”. ▶

El callejón sí tiene salida: el caso de Bogotá

A partir del 5 de agosto, Bogotá tendrá su Informe de Desarrollo Humano, con el cual busca mostrar su complejidad, su naturaleza multidimensional y su capacidad para generar encuentros, entender y tramitar conflictos, y garantizar el pluralismo. Quiere ser una apuesta política de cara a la Nación.

Por el Informe de Desarrollo Humano para Bogotá

Ya lo decía el Informe Nacional de Desarrollo Humano 2003 (INDH), *El conflicto, callejón con salida*: “el hecho esencial es que la violencia estalla y procede

del *centro* geográfico y político, pero se expresa y se perpetúa en la *periferia* campesina”. Aunque el conflicto se asiente en la *periferia* geográfica y política, no significa que el *centro* deje de ser la fuente, el objetivo y, cada día más, el escenario del mismo, añadía el INDH.

El Informe de Desarrollo Humano para Bogotá (IDHB) –que será presentado al país el próximo 5 de agosto– quiere dar cuenta de los avances alcanzados por la capital en materia espacial, socioeconómica, política y cultural, a pesar de ser el centro de un país con un conflicto armado complejo. Un conflicto que, en todo caso, aún no ha logrado penetrar en las estructuras económicas, políticas y sociales de la ciudad, lo que ha permitido que Bogotá le haya podido apostar prioritariamente a la seguridad de los ciudadanos, frente a la seguridad del Estado.

El IDHB, por su parte, quiere mostrar la complejidad de la realidad en la capital, en su naturaleza multidimensional, ocupándose de un hecho casi obvio: la Bogotá de hoy es producto de la dinámica que la ha convertido en receptora de población desde el comienzo de la transición urbana. Un fenómeno que, por supuesto, se ha visto intensificado por el conflicto armado y, posteriormente, por la apertura económica de comienzos de la década del noventa.

El conflicto armado en Bogotá

Aunque en Bogotá no se presentan las manifestaciones más dramáticas del conflicto armado, algunos de sus efectos y características inciden en la criminalidad urbana. Las mafias que controlan prostíbulos, sanandresitos o mercados de abastos, las redes delincuencia-



En Bogotá viven personas diversas, por origen geográfico, género, cultura, educación, etnia y capacidad.

les nativas que en el transcurso de las últimas décadas han experimentado métodos de acción más sofisticados; así como las pandillas y milicias que ejercen control en algunos barrios, contribuyen a consolidar estas lógicas de criminalidad organizada y de dominio territorial que son, en buena medida, el producto de las formas de control del delito desarrolladas por paramilitares, guerrillas y narcotraficantes desde fuera de la ciudad.

El conflicto armado y el crimen organizado se reflejan en estructuras mafiosas que, aunque en Bogotá no son tan evidentes como en otras ciudades, sí deben ser atendidas. Para este tipo particular de delincuencia, las propuestas de política pública requieren de un mayor grado de complejidad y su propósito debe ser más ambicioso para atacar las causas de prácticas criminales. Se trataría,

entonces, de incidir en las estructuras criminales que controlan ciertos negocios lícitos e ilícitos, extinguiendo, con un mayor impacto, prácticas criminales asociadas a los mercados de contrabando, las ventas de alucinógenos en ollas y la especulación de precios en los mercados de abastos. Es importante romper y denunciar cualquier nexo que las mafias tengan con actores del conflicto, que basan su poder en otras regiones del país, puesto que las guerrillas y los paramilitares encuentran en el mundo mafioso urbano un ambiente propicio para difundir todo su conocimiento y tecnologías delincuenciales.

A pesar del conflicto nacional

Pese a lo anterior, Bogotá quiere ser una apuesta política de cara a la Nación, en la medida en que aprovechó las oportunidades



© CORTESÍA SIMONE BRUNO

En la ciudad es necesario crear condiciones para que todas las personas disfruten de las oportunidades urbanas.

del proyecto modernizante y democratizador de la Constitución del 91. La ciudad ha aprendido de sus errores y tiene mucho que decirle a otros centros urbanos del país y del mundo. Bogotá encarna en muchas formas las posibilidades del desarrollo humano urbano y representa una esperanza para un país agobiado por el conflicto armado.

En la capital ha surgido una coalición modernizadora que defiende valores de interés público, que logra crear una dinámica política en la que el voto de opinión cuenta y que encontró eco en los medios de comunicación. Adicionalmente, desde la administración pública se han creado incentivos para promover este proceso modernizador,

BOGOTÁ LE HA PODIDO APOSTAR PRIORITARIAMENTE A LA SEGURIDAD DE LOS CIUDADANOS, FRENTE A LA SEGURIDAD DEL ESTADO.

con un esquema organizativo respetuoso de lo público y con la necesidad de que este desarrollo sea más equitativo y transparente.

Este modelo cuenta con una ciudadanía que ha mejorado su sentido de lo público, que exige continuidad en el modelo de ciudad y que actúa como veedora de la gestión de sus gobernantes. Criterios ciudadanos que, sumados al compromiso con lo público de distintas instancias de la administración, han sido un escudo contra la corrupción y el sueño del dinero fácil. El proceso ha generado un *círculo virtuoso* entre la ciudadanía y sus gobernantes alrededor de un proyecto

de recuperación de lo público para Bogotá.

A pesar de estos logros, la ciudad no ha escapado a los impactos del conflicto armado que vive el país y ello se refleja en los indicadores de seguridad. El *centro* está siendo cada vez más afectado por el conflicto. No sólo porque los hechos de violencia se extienden a las ciudades, sino porque el manejo de los recursos para el sostenimiento de la guerra y del delito pasa por las grandes ciudades.

Bogotá, como cualquier otra ciudad, tiene un conflicto propio que se deriva de la forma como se reparten los beneficios y los costos de las externalidades urbanas. La aglomeración de individuos heterogéneos obliga a organizar la convivencia para que mejoren el

bienestar y las condiciones de producción. El conflicto político por la apropiación de los beneficios de la ciudad no tiene que ser violento. En una sociedad democrática éste se resuelve en el marco del Estado de derecho. Puesto que Bogotá concentra gran parte de la riqueza nacional, se convierte en el escenario privilegiado de la disputa política.

Bogotá no puede sola

La mitigación de los efectos de la violencia armada en la ciudad exige un diálogo permanente y una relación más fluida con el Gobierno nacional. En el IDHB se señalan

puntos de encuentro y desencuentro entre la Nación y el Distrito: la atención a la población en desplazamiento –el Distrito alberga 204.021 personas, el 8,32% del total nacional de personas desplazadas–, la atención a ex combatientes de grupos armados ilegales –a Bogotá ha llegado el 10% de los desmovilizados, es decir, 46.658 personas–, y la coordinación militar y policial para garantizar la seguridad ciudadana y blindar al Distrito del impacto del conflicto armado.

Así, Bogotá presenta un riesgo latente de inseguridad e inestabilidad propias de situaciones de conflicto y posconflicto, por ello es importante atender adecuadamente a la población desmovilizada y aquella en desplazamiento.

Para que Bogotá avance adecuadamente necesita de la Nación, de la sociedad civil y de los medios de comunicación. En la ciudad viven personas diversas por origen geográfico, género, cultura, educación, etnia, capacidad y competencias. La clave de la convivencia está en aceptar al otro y crearle condiciones que fortalezca sus redes familiares y sociales para romper la indiferencia y para que todas las personas disfruten de las oportunidades urbanas.

Además de la coalición progresista entre ciudadanía, élites y gobierno, Bogotá es el escenario de nuevos movimientos sociales que han despertado a la vida pública a través de acciones colectivas contra el conflicto y a favor de los derechos humanos. A pesar de que estos movimientos sociales emergen en un contexto de exclusión social y política, agudización y deterioro del conflicto y crisis del sistema bipartidista, en Bogotá han encontrado un espacio de reivindicación y tramitación casi siempre pacífica.

Según el IDHB, Bogotá seguirá avanzando hacia el desarrollo humano si el Distrito resuelve de forma equitativa los conflictos generados por la aglomeración urbana y los aprovecha como factores de socialización, integración y vitalidad; si las personas se informan sobre los asuntos que afectan sus vidas y participan activamente en el quehacer público, y si en sus alianzas estratégicas el Distrito reconoce, respeta y toma en serio a las organizaciones de la sociedad civil. A través de todas sus dimensiones, Bogotá puede generar encuentros, entender y tramitar conflictos y garantizar el pluralismo. Siendo parte del conflicto, la ciudad puede seguir generando mecanismos democráticos que ayuden a superarlo. ▀

Jóvenes que dejan huella

Huellas Juveniles quiere ser una alternativa para la comunidad indígena de Guambía, en el Cauca, ante la disminución de su población por el desplazamiento y la vinculación a los grupos armados.



Por Luz Edith Cometa L.

Para fortalecer el Nak Chak, que en lengua guambiana significa naturaleza, para afianzar los valores culturales propios y evitar la migración de los jóvenes que están saliendo de los resguardos indígenas en busca de mejores condiciones de vida, un grupo de jóvenes se reunió y creó lo que hoy se llama Huellas Juveniles. Es un colectivo de 30 jóvenes entre 17 y 30 años, que quiere ser una alternativa para la comunidad indígena de Guambía, en el Cauca, ante la disminución de esta población a causa del desplazamiento de los jóvenes hacia las grandes ciudades y por su vinculación a los grupos armados.

Este grupo, creado en 2004, ha desarrollado múltiples acciones, como prácticas empresariales, planes de negocios orientados por el Sena y trabajos interdisciplinarios para tener opciones laborales y de desarrollo distintas a la siembra de cultivos de uso ilícito y a entrar a los grupos armados.

Para afianzar los valores culturales y conocer sus derechos empezaron a participar en las llamadas Mingas de Pensamiento, donde tienen un rol especial las autoridades del cabildo y los mayores, quienes orientan a la comunidad indígena. Con ellos entraron a dialogar de una manera más frecuente y, a través de encuentros y talleres, comenzaron a reconocer el territorio en sus espacios físicos y espirituales. Los miembros del colectivo acordaron actuar de manera organizada, participativa y no jerárquica. “No hemos querido llamar ni directores, ni gerentes, ni coordinadores. Simplemente, a la cabeza de la organización hay cuatro personas que son dinamizadores, después están los promotores, los acompañantes y los líderes que han estado en cargos con los cabildos”, afirma Dídier Chirimuscay, dinamizador. Esta forma de organizarse promueve sus habilidades de

liderazgo, propicia espacios de participación política y los forma en debates y en la toma de decisiones. Quieren garantizar líderes que, a futuro, contribuyan a la preservación de la cultura teniendo como fundamento sus valores, su autonomía, su pensamiento propio y la defensa de su territorio.

No ha sido fácil el diálogo con algunos miembros del cabildo, quienes aún no están acostumbrados a reconocer un rol tan activo de los jóvenes. Por eso les pidieron a las per-

emisoras comunitarias y capacitaron a varios jóvenes en el tema; crearon el blog jovennam-misak.blogspot.com/ en el que dan a conocer la historia del colectivo y las actividades que desarrolla, así como las memorias de los eventos que se realizan en el resguardo. Otros miembros del colectivo están estudiando historia y otras carreras para poner sus conocimientos al servicio de los guambianos.

“Lo importante es que nos hemos mantenido en el proceso y hemos madurado tratan-

QUIEREN GARANTIZAR LÍDERES QUE, A FUTURO, CONTRIBUYAN A PRESERVAR SU CULTURA Y SUS VALORES.

sonas de edad intermedia que los acompañaran para que fueran un puente entre ellos y las autoridades indígenas. Ellos son el profesor Samuel, docente experto en teología y filosofía; Mama Dionisia, una mujer mayor que desde hace varios meses los acompaña; el taita Abelino Daguas, historiador; y el tata Lorenzo Almendra, actual gobernador del cabildo. Todos ellos confían en que Huellas Juveniles ayudará a fortalecer el resguardo.

En los cuatro años de trabajo, el colectivo firmó un convenio con una organización de intercambios culturales, que le permitió a Kenet viajar a Panamá y traer información sobre otras culturas; fortalecieron su trabajo en

do de alimentarnos con más de lo nuestro, de lo propio, del pensamiento, de la cultura, de la lengua y de la filosofía. Estamos construyendo un pensamiento siguiendo la línea de los mayores. Para allá tenemos que apuntar”, afirman Daniel y Dídier, dinamizadores.

Los mayores poco a poco empiezan a reconocerlos y a creer en sus capacidades para dirigir una comunidad. Como dice el tata Lorenzo Almendra, “ellos deben asumir la responsabilidad política, porque estoy hablando de una transición de poder. Por eso tienen que pensar muy bien en la conducta política a seguir en defensa del derecho indígena y en hasta dónde somos capaces de resistir”.

Los miembros de Huellas Juveniles tratan de encontrar soluciones para permanecer en su tierra.



© CONTRASÍA LUZ EDITH COMETA



Los niños pintan la paz y la libertad

Los niños, niñas y jóvenes ¿cómo pintan la paz, la libertad y otros derechos? Para saberlo, la Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y Prismacolor organizaron un concurso de dibujo sobre los derechos humanos, que en dos años logró la participación de estudiantes de numerosas ciudades y municipios del país. A través de este mecanismo se difundió la Declaración Universal de los Derechos Humanos y ellos y ellas dibujaron sus sueños de paz y libertad. Éstos son algunos trabajos.

